

cuando este regresó a su patria con su nueva esposa, fué tan grande y tal debió de ser el espíritu de insurrección, que Ethelwulfo no se atrevió a defender con la espada su mejor derecho, sino que entró en un arreglo, en virtud del cual trocó su posición por la de su hijo; este se hizo cargo del Wessex y del gobierno supremo, mientras el padre se retiró a los territorios del Sudoeste que estaban destinados al sucesor de la corona, es decir, a los que había ya gobernado en su juventud, dichoso todavía porque le dejaban disfrutar de aquel trono con su esposa y porque se concedían a esta honores de reina, que en Wessex se negaban a la «mujer del rey.» Esta situación no se prolongó mucho tiempo, pues Ethelwulfo murió en 13 de enero del año 858.

No puede afirmarse que se robusteciera el poder del reino anglo-sajón durante el reinado de Ethelwulfo, a pesar de haber sido felizmente rechazados los ataques exteriores de que fué objeto; por el contrario las disensiones entre el padre y el hijo debieron de quebrantarlo. Los pocos datos que nos ofrece la tradición no permiten decir de parte de quién estaba la razón ó la culpa; pero las disposiciones de carácter político contenidas en el testamento de Ethelwulfo, el cual, por lo demás, se inmortalizó con sus liberalidades para con los pobres (1), demuestran con seguridad que el anciano nada podía hacer ya por la unidad del reino. Según su última voluntad, el reino de Egberto debía dividirse en dos partes: Wessex quedaba por Ethelbaldo; Kent y los territorios á él anejos pasaban á su otro hijo Ethelberto y á sus descendientes. A los hijos más jóvenes, Ethelredo y Alberto, les quedaba la perspectiva de la sucesión del Wessex para el caso de que Ethelbaldo muriera sin hijos. Según parece, en aquel documento no se hablaba para nada de la supremacía del rey sajón sobre su hermano menor de Kent. Esto no obstante, los witanes admitieron estas disposiciones.

El testamento de Ethelwulfo no podía menos de ser origen de continuas discordias entre los dos hermanos que con iguales derechos reinaban en Wessex y en Kent, de los cuales el mayor tenía motivo para creerse perjudicado y no era hombre de tolerar tal perjuicio. El hecho inaudito que realizó, en el mismo año de la muerte de su padre y á pesar de todas las amonestaciones de los sacerdotes (2), casándose con la joven viuda Judit, ¿no iba por ventura directamente encaminado contra su hermano de Kent, donde ella había reinado hasta entonces? Si el hecho no tuvo ulteriores consecuencias fué porque Ethelbaldo murió durante el verano de 860. Judit, la viuda del padre y del hijo, vendió cuanto tenía en Inglaterra y regresó á Francia, para contraer en 862 y contra la voluntad de su padre, un tercer matrimonio con el conde Balduino de Flandes. Los ingleses no lloraron su ausencia, y cuando se hablaba después en Inglaterra de la Judit franca, que contra la costumbre tradicional se había sentado junto al rey en el trono, se despertaba el recuerdo de la perversa Eadburga, que había querido ser algo más que la simple esposa del rey.

La muerte de Ethelbaldo sin dejar hijos echó por tierra el testamento de Ethelwulfo, pues de todos sus hermanos no fué su sucesor en Wessex Ethelredo, que hasta entonces no había gobernado ningún territorio, sino Ethelberto, á quien su padre había señalado perpetuamente el reino de Kent, ya sea por haberse apoderado violentamente del trono vacante, ya sea porque los witanes, cambiando de parecer, no quisie-

(1) Véase más arriba, y también la obra de Pauli, *Alfredo*, pág. 78.
(2) No todos los obispos se opusieron á esto. Pauli, en la pág. 80 de la obra citada, hace notar que entre los testigos que figuran en un documento de Ethelbaldo (858), aparece al lado de Judit el obispo Swithun de Winchester. Era este un hombre muy influyente en tiempo de Ethelwulfo, el cual quiso ser enterrado en Winchester.

ron dejar que se vulnerara su derecho electivo con una designación previa é hicieran uso de él en favor de Ethelberto. Los demás hermanos de Ethelredo y el mismo Alfredo, que entonces contaba doce años, se sometieron á él como rey y se repartieron tranquilamente la herencia. De esta suerte quedó restablecida la paz entre la familia de Egberto y con ella la unidad del reino.

Ya era tiempo, pues precisamente en aquel momento renovaron los daneses sus ataques contra las costas del país. La ciudad de Winchester fué tomada y destruida en 861 por unas hordas procedentes de la desembocadura del Somme, y la victoria, con la cual los contingentes de Hampshire y Berkshire obligaron á los enemigos á emprender la fuga, no debió de ser de gran importancia, pues los daneses tenían todavía más de 200 buques cuando mandados por un duque Weland se arrojaron de nuevo sobre Francia. Como en esta nación se comenzó, por entonces, á pagar cantidades de consideración para librarse de tan molestos visitantes, estos quisieron exigirlos también de Inglaterra. Los de Kent fueron los primeros que para no ser molestados por los paganos que invernaban en la isla de Thanet, les entregaron algunas sumas. Los paganos, sin embargo, no respetaron el tratado, sino que á pesar de él asolaron y saquearon la parte oriental de aquel país.

Esto es todo cuanto se sabe acerca del corto reinado de Ethelberto, que terminó en 866 y que, por lo que se refiere á los asuntos interiores, hubo de transcurrir pacíficamente. La historia de Ethelredo, que sucedió en todo el reino á su hermano Ethelberto (hasta 871) nos ofrece con frecuencia ataques y resistencias de los daneses. Nótese, sin embargo, que los ataques de esta época toman distinto carácter de los anteriores, pues aun cuando el principal objeto seguía siendo el robo, para llevar este á cabo se construían fortalezas permanentes que luego fueron convirtiéndose en verdaderas residencias y colonias. El número de agresores era, pues, cada vez mayor y al frente de ellos no encontramos ya caudillos elegidos por sí y ante sí, sino duques y hasta príncipes y reyes de su patria que en su afán de conquistas llevaban sus ejércitos al otro lado del mar. Los hechos que habían acontecido en la oscuridad de los siglos quinto y sexto con motivo de la fundación de las soberanías jutas, anglias y sajonas se reprodujeron entonces iluminados por la luz de las narraciones históricas.

Ambos acontecimientos históricos se parecen también en que los elementos de que se componían las distintas hordas no siempre podían ser clasificados según su origen. Así, por ejemplo, aun cuando, por regla general, los normandos se dirigieron hacia las islas del Norte y hacia Irlanda, y los daneses devastaron las costas del continente y de la Britania, algunas veces encontramos á los daneses en Irlanda y á los normandos en las costas inglesas y escocesas. Tampoco faltaron en aquel tiempo algunos elementos extranjeros, por más que la masa principal se compusiera de individuos procedentes de la misma raza. La denominación de daneses que se dió á los paganos desembarcados en Inglaterra es, pues, perfectamente propia.

Ingvar y Hubba, hijos de Ragnar Lodbrog, tan célebre en las leyendas, que después de sus grandes hazañas fué hecho prisionero en el Northumberland y encontró horrible muerte en su cárcel poblada de serpientes, iniciaron la nueva serie de ataques de los daneses. Buenas noticias hubieron de tener de los sucesos de aquel país, pues comenzaron por arrojar, no sobre el reino unido de los sajones, sino sobre la debilitada Estanglia y sobre el Northumberland, aniquilado por una nueva lucha entre el rey Osberto y Aella, hombre de no régia estirpe. Desde Estanglia, cuyo rey Eadmun-

do en 866 se vió obligado á firmar con ellos la paz y á cederles cuarteles de invierno, emprendieron de nuevo la marcha dirigiéndose, los unos por tierra, los otros por mar, hacia el Norte, es decir, hacia Humber. Apoderáronse de York y desde allí se desparramaron por el territorio saqueándolo todo, hasta que los reyes, que mutuamente se combatían, se unieron para obligarles á retirarse nuevamente á York. Pero cuando los del Northumberland asaltaron también esta plaza, sufrieron una tremenda derrota (21 de marzo de 867) y sus dos reyes sucumbieron, de manera que los que quedaron con vida imploraron la paz y consintieron en que los daneses conservaran en su poder el Sur del país con la capital y en que en el Norte, en la antigua Bernicia, fuera instituido rey el anglo Egberto, que pagó tributo á los invasores.

Tocóle entonces el turno á Mercia: el rey Burhredo, cuñado de Ethelredo y de Alfredo, no pudo impedir que los daneses se lanzaran sobre Nottingham, durante el invierno de 867 á 868, y no se creyó tampoco por fuerzas bastantes para poder evitar las correrías que desde allí amenazaban emprender; por lo cual, el monarca y su witan solicitaron á toda prisa el auxilio del soberano sajón, cuyas relaciones con Mercia se habían estrechado más fuertemente á consecuencia del casamiento de Alfredo con Ealhswitha, hija del conde Ethelredo Mucel (es decir, el Grande) de Gainsborough. El auxilio implorado fué concedido: Ethelredo, que entonces parecía no deber temer ningún ataque, acudió allí, en 868, con su hermano y todo su ejército, del cual formaba también parte, en caso de necesidad, el clero. Nunca hasta entonces se había visto en Inglaterra en pie de guerra un ejército tan formidable, pues los guerreros de Kent, Wessex y Mercia se reunieron en aquella ocasión para tomar parte en el ataque de Nottingham. Pero no pudieron, á pesar de esto, apoderarse de la ciudad, y todo lo que, después de pequeños combates, consiguieron se redujo á un tratado en virtud del cual los daneses prometieron evacuar á Nottingham, reservándose la libertad de acción respecto de Northumberland, Estanglia y Lincoln. Durante el siguiente año permanecieron en York y en el otoño de 869 vencieron la última resistencia del Lincolnshire.

Era en Lincoln ealdorman Algar, el cual, reducido á sus solos esfuerzos, hizo cuanto pudo, consiguiendo en 21 de setiembre del año 869 derrotar por completo á un ejército enemigo, cerca de Kesteven. Las pérdidas sufridas por los daneses fueron sobradamente compensadas por los refuerzos que recibieron á la noche siguiente y al despuntar el día estaban á su lado todos aquellos temidos héroes que dejaron escritos con sangre sus nombres en la historia anglo-sajona de aquel siglo, es decir, Ingvar, Hubba y otros jarles, y además los reyes Guthrum, Bagseg y Healfdene, que se llamaba hermano de Ingvar. Los anglos de Algar desesperaron de poder obtener una victoria y se desbandaron, y Algar y los pocos que le permanecieron fieles fueron acuchillados por los paganos después de una heroica resistencia.

Por donde quiera que pasaran los paganos, los edificios consagrados al culto divino, es decir, los templos y los conventos, eran destruidos por el furor de los daneses, que encontraban en la destrucción de aquellos lugares la satisfacción así de su odio religioso como de su afán de rapiña. Las personas eran asesinadas, todo cuanto tenía algún valor robado y los edificios deshabitados, entregados á las llamas. Tal fué la suerte de Bardney (cerca de Lincoln), á la que no salvaron las reliquias que guardaba del rey mártir Oswaldo; igual destino sufrieron los conventos de Croyland y de Medeshamstede (Peterborough) cuando los vencedores se lanzaron al Sur sobre el país de Gyrras, en donde estaban

situados. También fué objeto de las mismas crueles devastaciones la Estanglia, cuando durante el invierno de 866 á 870, acamparon los daneses en las cercanías de Thetford. Allí se aprestó el rey anglo Eadmundo á una resistencia desesperada, pero á los primeros momentos cayó en poder de Ingvar y de su hermano, los cuales le dieron cruel muerte por no haber querido abjurar sus creencias (20 de noviembre). El rey danés Guthrum tomó posesión de Estanglia, donde vemos por segunda vez una dominación pagana en sustitución de la cristiana.

Es extraño que Ethelredo, después de la expedición á Nottingham, nada hiciera para impedir el establecimiento de los daneses en Humber y Wash, establecimiento que constituía un peligro para él y que, como se comprenderá, daba gran fuerza á los enemigos. Pero su conducta se explica teniendo en cuenta que en aquel momento ó se veía precisado á hacer frente en su propio país á ataques de que no tenemos noticias, ó bien el temor de que pudieran presentarse los enemigos de un instante á otro le hizo creer necesario conservar en sus territorios y gastar lo menos posible sus propias fuerzas. Esta prudencia podía ser justa, pero no era la más á propósito para infundir respeto á tan molestos huéspedes, que solo se detenían en su marcha allí donde encontraban superioridad de fuerzas que les cortaba el paso. Cuando el Yorkshire, Lincoln y Estanglia, después de los repetidos saqueos de los últimos años, no ofrecieron ya aliciente alguno y en parte habían pasado á poder de caudillos especiales, lanzáronse los invasores sobre el Sur de la isla, que todavía les brindaba botín y soberanía. Entonces le tocó ser puesto á prueba el reino de Ethelredo, «rey del Wessex y de Kent.»

La ancha desembocadura del Támesis fué la puerta que dió ingreso al enemigo; este penetró en Londres que todavía no se había repuesto de la invasión del año 851; siguieron luego la corriente del río hacia Reading y en el ángulo que allí forma el Kennet al confluir con el Támesis, establecieron un campamento fortificado que les sirviera de base de operaciones para las correrías por el interior de aquel país que no había sido todavía molestado. Pero los sajones estaban en guardia; el ealdorman Ethelwulfo, después de un afortunado combate hizo retroceder hasta el campamento al jarl que había avanzado hacia el Oeste hasta Englafield, y cuatro días después los dos hermanos Ethelredo y Alfredo reunieron todo el ejército de su país para asaltar las fortificaciones danesas. El ataque fué rechazado y los sajones, de los cuales pereció el vencedor de Englafield, se retiraron á la colina de Aescdune (Ashdown), situada á pocas millas al Oeste del campo de batalla, para desde allí, y en un punto por ellos escogido que les aseguraba la comunicación con Mercia, librar batalla campal contra el enemigo invasor.

Los daneses acudieron á aquel sitio, divididos en dos cuerpos de ejército, mandados el uno por los reyes Bagseg y Healfden y el otro por los jarles con ellos aliados; Ethelredo debía hacer frente al primero y Alfredo al segundo. Cuatro días después de la batalla de Reading trabóse nuevo y sangriento combate, cuya descripción detallada nos hace el biógrafo de Alfredo, fundándose en las manifestaciones de los testigos presenciales. Los daneses habían ocupado una colina, desde la cual sus certeras flechas causaban grandes pérdidas á la división mandada por Alfredo, el cual, por orden del rey, debía esperar á que este avanzara. Pero como Ethelredo se hacía esperar, porque estaba oyendo misa y no quería entrar en acción hasta que esta terminara, Alfredo, por su propia iniciativa, comenzó el ataque, que por lo menos puso fin á las inútiles pérdidas que se le causaban impunemente, y trabó sangriento combate, en el cual, al poco

rato y con éxito tomó parte Ethelredo con sus contingentes. Cuando Ethelredo dió muerte por su propia mano al rey Bagseg y á manos de los soldados de Alfredo perecieron el jarl Sidroc el viejo, Sidroc el jóven, Ostern, Frena y Harald, la lucha quedó decidida en favor de los anglo-sajones y los daneses huyeron hácia Reading, siendo perseguidos hasta muy entrada la noche por los vencedores.

De haber sido derrotados los anglo-sajones, el Sur de Inglaterra hubiera sufrido la misma suerte que el Norte y el Este, y si esto pudo evitarse, débese en gran parte á la victoria de Aescsedune. Esta, sin embargo, á pesar de los millares de daneses que en ella perecieron, no fué decisiva, pues no puso fin á la lucha con los enemigos, que permanecían en Reading, y además quedó compensada, al recibir los invasores nuevos refuerzos, con las derrotas que los dos hermanos sufrieron á los catorce días en Basingstoke (Hampshire) y dos meses despues en Merton (Surrey).

El peligro seguía siendo tan inminente como antes cuando falleció el rey Ethelredo, poco despues de la última batalla, en 23 de abril de 871. Esto hizo que no le sucediera ninguno de sus dos hijos menores de edad, Ethelhelmo y Ethelwaldo, sino que por el contrario los de Wessex, volviendo á la antigua costumbre y al testamento de Ethelwulfo, proclamaran rey al único vástago entrado en años de la estirpe de Egberto, es decir, al hermano del difunto, Alfredo, á quien el país se habia acostumbrado á considerar desde el entronizamiento de Ethelredo, como segundo en el reino (*secundarius*), y que además de ser hombre á propósito para hacer frente á las calamidades de la época, tenía en su favor los deseos manifestados por el propio Ethelredo de que le sucediera en el trono.

CAPITULO X

EL REY ALFREDO COMO DEFENSOR DE INGLATERRA

El rey Alfredo, al revés de lo acontecido con sus antecesores, acerca de los cuales no tenemos mas noticias que las incompletas consignadas en la Crónica sajona, tuvo la suerte de encontrar en vida un biógrafo enteramente adicto á él, que trazó su imagen apoyándose muchas veces en las propias manifestaciones del interesado. Tal fué Asser, galés á quien Alfredo tomó á su servicio y que murió de obispo de Sherborne en 910, de modo que sobrevivió á dicho monarca. Trabajó en su biografía desde el año 873, pero desgraciadamente la interrumpió, ignórase por qué motivo, en 887, de suerte que para conocer el resto del reinado de Alfredo hemos de acudir á los anales anglo-sajones, que tambien completan la narracion de Asser en anteriores fechas y en determinados puntos. El propósito de Asser no fué tanto hacer una descripción de todos los sucesos acaecidos durante la vida de Alfredo como referir algunos rasgos principales de este monarca, lo cual hizo que, desde muy antiguo, aquellos á quienes no satisfacía por completo su obra, acudieran á otras, y especialmente á los anales, de modo que la vida de Alfredo, tal como la conocemos hoy en día, dista mucho por la forma de ser la misma que escribió Asser (1). ¿Quién podría saber, sin embargo, cuál es la mejor?

Alfredo era el mas jóven de los hijos que al rey Ethelwulfo dió su esposa Osburha, durante los veinte años de matrimonio. Osburha, hija del copero real Oslac, descendiente de la nobleza juta de la isla de Wight, debió de ser una mujer piadosa, dedicada muy especialmente al cuidado de la edu-

(1) Véase la introducción crítica á la obra de Pauli: *El rey Alfredo y su situación en la historia de Inglaterra* (Berlín, 1851). Enojoso sería citar cada vez lo mucho que debo á esta excelente monografía.

cación de sus hijos; y mientras los otros entraban en años, tuvo un amor especial á su hijo menor, al cual habia dado á luz en 849, en el palacio real de Wanting (Wantage), situado en Berkshire. Asser refiere que supo imbuir en Alfredo la afición al estudio, y cuenta que este, á los cuatro años de edad, sabia de memoria todo un tomo de poesías sajonas, para hacerse digno de la recompensa de su madre. Esta murió prematuramente, quizás antes de que el padre enviara, por vez primera, á su hijo á Roma, y de todas maneras antes de que regresara de allí en 855. A su regreso, se encontró Alfredo con una madrastra. ¡Cómo podía, la franca Judit, hacer para aquel jóven casi niño las veces de madre! Tristes fueron los años que entonces hubo de pasar Alfredo, durante los cuales su padre, ocupado en atender á su jóven esposa y á las disensiones con sus otros hijos, no pudo cuidarse de la educación del menor. Alfredo, en efecto, no aprendió á leer hasta los doce años, es decir, despues de la muerte de su padre y cuando fué compañero de su hermano Ethelberto, y no recibió, despues se lamentó de ello varias veces, una instrucción regular por falta de profesores. El incesante clamor de la guerra ahogaba entonces entre los anglo-sajones todos los intereses intelectuales, y los hombres de la antigua escuela, como Surthun de Winchester, que vivió hasta 862, y Ealhstan de Sherborne, que falleció en 867 á los cincuenta años de ejercer su cargo, ancianos consejeros del padre y de los hermanos de Alfredo, tenían algo mas importante en que ocuparse que en la educación del jóven príncipe. Lo que entonces se llamaba educación general (*artes liberales*), que solo podía alcanzarse con el auxilio del latín, fué para él desconocido, quedando su instrucción reducida á las canciones populares, que desde muy jóven conocia y estimaba, y á las oraciones y cantos del culto divino, en los cuales encontraba tanto placer que mandó copiar los mas bellos en un librito que siempre llevaba consigo. Su fe era inquebrantable, su fervor religioso llegaba á veces hasta el éxtasis; el deseo que tenia de ampliar sus conocimientos, deseo que le acompañó durante toda su vida, se habia despertado indudablemente en él en edad muy temprana, pero no por esto se habia sentido llamado á la vida contemplativa del claustro, á la que en otro siglo hubiera sido sin duda destinado como hijo menor del rey. No lo fué porque en aquella época el clero tenia que empuñar las armas en defensa del país, ó porque realmente el príncipe no se sentía en el fondo de su alma con vocación para aquella vida. Ansioso de la cultura intelectual, que procuraba adquirir por medio de la conversacion, no por eso descuidaba el corporal desarrollo. Gustaba de recorrer las verdes selvas y pronto fué un cazador á quien pocos igualaban en habilidad y fortuna. No olvidaba que la consagración real que, en edad temprana, habia recibido de manos del papa, le daba en la sociedad una posición para la cual habia de prepararse y á la cual se iba aproximando poco á poco, á medida que morían sus hermanos mayores. Por esto sintió profundamente que una grave enfermedad corporal, de que estuvo atacado durante muchos años, pareciera destruir sus esperanzas, hasta que hubo desaparecido por completo, á consecuencia, segun la tradición, de sus fervientes preces elevadas ante la tumba de San Gueryr, en Cornwall.

Alfredo contaba diez y siete años cuando la muerte de Ethelberto y el entronizamiento de Ethelredo, último de sus hermanos, le colocaron en la situación de segundo en el reino, alentando en él mas fundadas esperanzas de sucederle. Desde aquel momento, Alfredo, á pesar de una dolencia que le aquejó en 868, en la época de sus bodas, que fué acompañada de convulsiones y pérdida del conocimiento y que ya no le abandonó en toda su vida, estuvo al lado de su hermano, el monarca, así en las deliberaciones como en el

campo de batalla, compartiendo con él las victorias y las derrotas, la suerte y la desgracia, y adquiriendo bajo todos conceptos gran experiencia, hasta que la muerte de su hermano le llevó á los veintidos años á ser rey de Wessex, cuyo trono fué, como era de temer, el último en ocupar.

En efecto, si los daneses establecidos junto á Reading no habian podido ser vencidos á pesar de las batallas que contra ellos se libraron durante los primeros meses del año 871, ¿qué habia de suceder cuando durante la primavera, es decir, al morir el rey Ethelredo, se presentaba una nueva y poderosa escuadra? Los daneses avanzaron entonces hasta el centro de Wessex. El cadáver del difunto rey fué enterrado en Wimberton, probablemente por creerse poco seguras las antiguas sepulturas reales de Winchester y Sherborne, ó por haber sido ya estas saqueadas por el enemigo. Cuando Alfredo, al mes de ser proclamado rey, se presentó delante del enemigo en Wilton, la batalla, que en un principio parecia serle favorable, acabó por ser una derrota á consecuencia del ciego ímpetu con que avanzaron sus soldados. Esta acción era poco á propósito para infundir aliento, y esto explica por qué el rey y el pueblo, extenuados por las muchas é infructuosas luchas de aquel año, acabaron por no esperar ya su salvación de las armas. Firmóse, pues, con los daneses un tratado en virtud del cual se aseguraba á estos el sustento pacífico durante el invierno, bajo la condición de que se retirarian en la próxima primavera. Esto no obstante, en 872 se dirigieron á Lóndres y se apoderaron de esta ciudad y de la desembocadura del Támesis, despues que el cuerpo principal de su ejército se hubo dirigido, á fines de año, hácia el Norte.

Wessex podia respirar, pero, ¡cuánto habia perdido entretanto! Aquella preponderancia que Egberto habia conseguido para su Estado y que sus sucesores, en medio de algunas alternativas, habian sabido conservar, estaba irremisiblemente perdida desde el momento en que el reino no mostraba tener fuerzas bastantes para proteger á los mas débiles, y en que se abandonaba esta defensa y se pactaba con el enemigo. Wessex no bastaba para defenderse á sí mismo y mucho menos podia, por tanto, acudir al auxilio de su aliada Mercia, en la cual se concentraban entonces todos los ataques de los invasores.

Los daneses que se habian dirigido al Norte acamparon, á principios del año 873, cerca de Torksey, al Noroeste de Lincoln, es decir, en la comarca donde residia la esposa de Alfredo. Durante un año no alteraron la paz que los mercios les habian comprado, pero á principios del año 874 establecieron su campamento en el interior de Mercia, en Hreopdune (Repton, al Sur de Derby). El rey Burhredo, en vista de que su cuñado Alfredo no podia auxiliarle, consideró imposible la resistencia, y dejando abandonados su país, su gente y su propia esposa, huyó por mar á Roma, donde murió en aquel mismo año, siendo enterrado en el templo de María en la escuela sajona (1). Los daneses, en tanto, sojuzgaron su reino y pusieron en su lugar á uno de sus tehgns, llamado Ceolwulfo, el cual les prestó juramento de que á todas horas tendria el ejército dispuesto para seguirles y cuidaria de atender á sus necesidades. Es muy probable que este juramento no fué una simple fórmula y que los mercios tuvieran que coadyuvar á las empresas que los vencedores intentaban contra sus compatriotas no sojuzgados todavia, aumentando con esto la crítica situación en que estos últimos se encontraban. Imagínese á aquel Ceolwulfo acompañando al rey Healfdene, que en 875 se dirigia con una gran

(1) La esposa de Burhredo, Aethelswitha, hermana de Alfredo, murió en Pavia en 889. Su anillo de oro lo vemos dibujado en Hübner, *Inscript. christ.* N.º 224.

parte de su ejército danés desde Repton á la desembocadura del Tyne, asolando desde allí la antigua Bernicia, la comarca de los pictos y los territorios de los escotos de Strathclyde; ó bien formando parte del séquito de los reyes Guthrum, Oscytel y Amoynd, que, con otra parte del ejército, se dirigian á Grantebrycge (Cambridge), con el propósito de completar desde allí la sumisión de la Mercia meridional y la de Essex.

Wessex quedaba, pues, aislado y su última hora parecia haber llegado cuando aquellos reyes, en 876, atacaron las costas meridionales, se apoderaron del fuerte castillo de Wareham (en la bahía de Studlandia), que solo por uno de sus costados era accesible por la parte de tierra, penetraron luego en el interior y se mostraron tan poderosos que Alfredo, no esperando ya nada de la lucha, se dispuso á comprar la retirada de sus enemigos. Los daneses aceptaron sus proposiciones y le dejaron rehenes que respondieron del cumplimiento del tratado, jurando además cumplirlo no solo por las reliquias de los santos cristianos, por los cuales sino veneración sentian un temor supersticioso, sino por las sangrientas imprecaciones de sus propias creencias paganas. No podian prestar un juramento mas sagrado y sin embargo no le cumplieron. Durante la noche salieron de Wareham, destruyeron un contingente de caballería del rey, recorrieron á Dorset y luego á Devon y se apoderaron por sorpresa de Escanceaster (Exeter), que por su comunicación con el mar era muy á propósito para servir constantemente de base de operaciones. En 887 el resto de los daneses de Wareham fué en seguimiento de los primeros; pero entonces Alfredo se apresó para una enérgica resistencia, llevando á Exeter todos los refuerzos que á sus contingentes pudieron agregarse, y salió al encuentro de los daneses en su propio elemento. Una pequeña victoria que en 875 habia obtenido en un combate naval contra una escuadrilla danesa, le hizo comprender que toda resistencia por tierra resultaria inútil si no estaba protegida por mar con fuerzas proporcionadas. Por esto habia construido tantos buques como le habia sido posible construir y los hizo tripular (1) por «piratas», como dice Asser, ó por los marinos de la costa, á los cuales, dados los desastres de la época, no quedaba otro recurso mas que la piratería, ó por aventureros extranjeros, que tanto abundan en los mares, ó por los mismos daneses que habia tomado á sueldo. La misión de esta escuadra, la primera de cierta importancia de que nos da cuenta la historia de Inglaterra, se reducía á evitar el transporte de víveres á Exeter y á impedir que se juntaran la escuadra danesa de Wareham y las tripulaciones en Exeter sitiadas. Alfredo consiguió lo que se proponia, y despues de un combate favorable á los sajones, los buques enemigos en número de 120 se estrellaron en las rocas de Swanewic (Swanage, al Sudoeste de Wareham) yéndose todos á pique y pereciendo todas las tripulaciones. Los daneses de Exeter se encontraron, en su consecuencia, en una situación crítica y hubieron de pactar con Alfredo nuevamente, pero esta vez por iniciativa propia, ofreciendo la retirada, dándole cuantos rehenes quiso y prestándole algunos juramentos que esta vez cumplieron, probablemente por fuerza, pues Alfredo tomó sin duda las precauciones necesarias para que los que se retiraban al país de Mercia no pudiesen cometer mas tropelías.

(1) Pauli, pág. 118, niega la veracidad de la noticia (*iussit... longas naves fabricari per regnum... impositisque piratis in illis vias maris custodiendas commisit*) por la imposibilidad en que se encontraba Alfredo de hacer construir buques en todo su reino. Pero por qué no podia hacerlo en los puertos que conservaba? Fuera de esto, parece una contradicción combatir el dato de la construcción de buques y creer, como Pauli, en la existencia real de la escuadra de que hace mención Asser.